

## **DE SUS FORMAS DE EXPRESIÓN:**

### **el autismo transferencial “frente al espejo”**

Luisa de Urtubey\*

## **Consideraciones sobre la teoría psicoanalítica del narcisismo**

La teoría psicoanalítica del narcisismo es compleja, comporta una serie de contradicciones, y, salvo escasos y recientes aportes, no ha acentuado los efectos negativos que este estado ejerce sobre quien lo adopta.

Laplanche y Pontalis definen como narcisismo por referencia al mito de Narciso al amor dirigido hacia la imagen de si mismo. 29 Como el mito figura ya desde su nombre mismo, comenzaré exponiendo las diversas versiones que de él conozco. En ellas figura la destrucción de Narciso como consecuencia de su negación a vincularse con los objetos externos y de su ensimismamiento con su propia imagen, destrucción que fue luego “olvidada” por la teoría psicoanalítica.

Estas diversas versiones, salvo una cronológicamente posterior a las otras, coinciden en que Narciso era hermoso, despreciaba el amor de los demás y murió frente a —o uniéndose con— su propio reflejo en una fuente. Pero presentan variantes:

A. Según Ovidio,<sup>34</sup> el adivino Tiresias había predicho a sus padres que Narciso viviría hasta viejo si no se miraba. Cuando joven despertó

---

\* Dirección: José Scoseria 2870, Apto. 401, Montevideo

pasiones en varias mujeres y ninfas, pero él permaneció siempre insensible. Un día se enamoró de él la ninfa Eco, que había sido condenada a no poder hablar y sólo podía repetir las últimas palabras pronunciadas por el otro; pero Narciso también la rechazó.

Entonces, las mujeres y ninfas despreciadas pidieron venganza a Némesis —deidad que personificaba la venganza divina y estaba encargada, unas veces de castigar el crimen, al igual que las Erinias, y otras de nivelar cualquier “desmedida” humana, como el exceso de felicidad o de orgullo. 24 Ésta atendió el pedido e hizo que un día Narciso se acercara a una fuente para beber y se viera. Narciso quedó enamorado de sí mismo y entonces, insensible al mundo, se inclinó sobre su imagen y se dejó morir, mientras Eco lo llamaba vanamente, confundiendo quizás Narciso la voz de Eco con un llamado de su propio reflejo (esto último no está dicho por Ovidio, pero puede deducirse). Hasta en el Stix, el río de los infiernos, ya muerto, Narciso seguía tratando de ver su imagen. En el lugar donde murió creció la flor que lleva su nombre, mientras que Eco, desesperada, se retiró a vivir en las grutas, se transformó en piedra y no quedó de ella más que la voz.

B. Según una versión griega anterior, que recoge Meunier, 33 atribuyéndola a un himnógrafo que no nombra, Narciso fue castigado por los dioses en conjunto y no por Némesis, por desdeñar el amor, pero no se ahogó buscando su imagen, sino que, alucinado por ella, quedó inmóvil en éxtasis amoroso y “se derritió como la escarcha bajo los efectos de los rayos del sol”, quedando consumido por su fuego interno. Cuando las Náyades, sus hermanas, lo buscaron para enterrarlo no encontraron su cuerpo sino una flor amarilla y blanca.

C. Según una versión de la tradición de Beocia, 24 Eco no aparece y el enamorado de Narciso es un varón, a quien Narciso despreció y le envió una espada, con la cual el enamorado frustrado se suicidó. Al morir pidió venganza a los dioses, quienes lo escucharon e hicieron que Narciso se viera en la

fuente, quedara prendado de sí mismo y se suicidara también.

D. Según la versión que refiere Pausanias, 36 Narciso tenía una hermana melliza, a quien quería mucho y que murió. Un día, al mirarse en una fuente, creyó ver a su hermana. Esto lo consoló de su tristeza y recurrió frecuentemente a mirarse en las fuentes para aliviar su dolor; pero no terminó suicidándose. Esta es una versión mitigada, en la que se elimina lo irracional —ama a su hermana, no a sí mismo, sabe que el reflejo es un reflejo, sigue viviendo—.

Pasaré a efectuar un recorrido cronológico por los puntos que estimo principales dentro de la teoría psicoanalítica del narcisismo.

Freud proporcionó sobre él una serie de afirmaciones (que, tal como es habitual con muchos de sus conceptos, divergieron a lo largo de su obra, sin que, al adoptar modificaciones, abandonara definitivamente las formulaciones previas.

Pienso que pueden distinguirse en Freud dos teorías principales con respecto al narcisismo. La primera, según la cual presenta al narcisismo como una etapa del desarrollo de la libido, de la formación del yo y de las relaciones con los objetos y la segunda, según la cual el narcisismo pierde este carácter, pasando a ser el estado original del ser humano. Es de destacar que en ambas sólo encara al narcisismo desde el punto de vista libidinal **y**, pese a referirlo a estados patológicos, no toma casi nunca en cuenta sus efectos destructivos. Tampoco modificó su concepción del narcisismo después de la introducción de los instintos de muerte.

Como ha sido habitual los distintos autores posteriores se apoyaron en diversos puntos de la teoría de Freud, según sus preferencias, y generalmente dejaron de lado otros puntos.

Revisaré brevemente, en orden cronológico, las distintas formulaciones de Freud con *respecto* al narcisismo. Las dos primeras corresponden a la elaboración de la que llamo primera teoría freudiana del narcisismo, que ya está esbozada a partir del análisis del caso Schreber, perfeccionada en *Tótem*

y *tabú* y desarrollada plenamente en el estudio más amplio sobre el tema, la *Introducción al narcisismo*, luego de lo cual va desapareciendo.

a. Lo mencionó por primera vez en los *Tres ensayos sobre la sexualidad* 19 en una nota, agregada a la segunda edición alemana publicada a principios de 1910 (p. 145) [según nota de Strachey, S. E.; XIV, p. 69], con referencia a la elección de objeto de los homosexuales: “Se toman a si mismos como objeto sexual, procediendo sobre una base narcisística y buscan a un joven que se les parezca y a quien puedan amar como su madre los amó a ellos mismos”.

Parece tratarse de un narcisismo digamos, relativo, ya que hay un movimiento que culmina en amar a un ser semejante, pero que no es el sujeto mismo.

b. La próxima referencia es unos meses posterior —mayo de 1910— en *Leonardo y un recuerdo de su infancia* 13 (p. 100), y también se vincula a la elección de objeto del varón homosexual, quien comenzó teniendo una ligazón erótica muy intensa con su madre y cuando debió reprimir este amor, se identificó con ella, tomando “a su propia persona como modelo, en base a cuya semejanza elige los nuevos objetos de su amor. De este modo, se ha vuelto homosexual. Lo que ha hecho es volver al autoerotismo: porque los varones a quienes ahora ama no son más que figuras sustitutivas y reviviscencias de él mismo en su infancia; varones a quienes ama del mismo modo como su madre lo amó a él cuando niño. Encuentra sus objetos de amor siguiendo el camino del narcisismo, podríamos decir; pues Narciso, según la leyenda griega, era un joven que prefería ante todo su propio reflejo y que fue transformado en la hermosa flor que lleva su nombre”.

En este párrafo Freud continúa limitando sus consideraciones sobre el narcisismo a la elección de objeto homosexual. Sigue habiendo la diferencia cualitativa ya señalada entre amar a un ser semejante y amar sólo al propio reflejo, y, fundamentalmente, no toma en cuenta el aspecto siniestro de la leyenda: antes de ser cambiado en una hermosa flor, Narciso murió como consecuencia de su aislamiento.

c. Freud se refiere nuevamente al narcisismo en 1911, en su análisis del caso Schreber 17 (p. 160): “Investigaciones recientes han dirigido nuestra atención hacia un estadio que atraviesa la libido en su desarrollo desde el autoerotismo hasta el amor objetal. Este estadio ha sido llamado narcisismo. Ocurre lo siguiente. Llega un momento en el desarrollo del individuo en el que unifica sus instintos sexuales (hasta entonces dedicados a actividades autoeróticas) para obtener un objeto amoroso, y comienza tomándose a sí mismo, su propio cuerpo, como objeto amoroso. Sólo subsiguientemente prosigue hacia la elección de otra persona, ajena a él, como su objeto. Esta fase intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal quizás sea normalmente indispensable; pero parece que muchas personas permanecen en forma inusualmente larga en esta condición y que arrastran muchos de los rasgos que les son propios, a estadios posteriores del desarrollo. Esta línea de evolución las conduce a elegir un objeto externo con genitales similares a los propios [...]”.

Pienso que éste es el primer planteo del narcisismo como estadio y organización, aunque situándose en el contexto de consideraciones sobre la elección objetal homosexual, contexto que me parece obrar en forma limitante. De todos modos aquí ya está esbozada la que llamo primera teoría de Freud sobre el narcisismo.

Toca un punto muy contradictorio en Freud, como lo es el inicio de las relaciones objetales. Aquí parecería que Freud considera que no las había antes de resolverse la etapa narcisística. Pero en los *Tres ensayos* ya trató este aspecto de varias formas.

Así en el párrafo sobre “Hallazgo de un objeto”, ya presente en la edición de 1905 19 (p. 222), ha señalado que: “Cuando los primeros comienzos de satisfacción sexual están aún ligados a la alimentación, el instinto sexual tiene un objeto sexual fuera del cuerpo del niño, representado por el pecho de su madre. Sólo más tarde el instinto pierde este objeto, tal vez precisamente, cuando el niño es capaz de formarse una idea total de la persona a la que pertenece el órgano que le da satisfacción. Entonces, generalmente, el instinto sexual se hace autoerótico E.. .]. Mamar del pecho materno se ha vuelto el prototipo de toda relación de amor. Encontrar un objeto es reencontrarlo”.

Por otro lado, en partes agregadas a la misma obra en 1915 y 1920 (pp. 200 y 234, *respectivamente*), Freud habla de una primera elección de objeto entre los dos y los cinco años. De modo que su opinión ya no era de ningún modo unívoca sobre este punto.

d. Freud vuelve a ocuparse del narcisismo en 1913, en *Tótem y tabú* 20 (pp. 88-89): “Pueden observarse desde los comienzos manifestaciones de los instintos sexuales, pero al principio no se dirigen hacia ningún objeto externo. Los separados componentes instintivos actúan independientemente el uno del otro, para obtener placer y lograr satisfacción con el propio cuerpo del sujeto. Este estadio es conocido como de autoerotismo y es seguido por uno en el cual es elegido un objeto.

“Estudios ulteriores han mostrado que es indispensable y conveniente insertar un tercer estadio entre estos dos, o, dicho de otro modo, dividir al primer estadio, el de autoerotismo, en dos. En este estadio intermedio cuya importancia se ha hecho cada vez más evidente por medio de la investigación, los hasta entonces aislados instintos sexuales ya se han unido en un todo y también han encontrado un objeto. Pero este objeto no es externo, extraño al sujeto, sino que es su propio yo, que se ha constituido más o menos al mismo tiempo. Pensando en fijaciones patológicas a este nuevo estadio, que se pueden observar posteriormente, le hemos dado el nombre de *narcisismo*. El sujeto se comporta como si estuviera enamorado de sí mismo; sus instintos egoístas y sus deseos libidinales ya no son separables [...]. Sospechamos que esta organización narcisista no es nunca abandonada totalmente [...]. Las catexias de objetos que se efectúan son como emanaciones de la libido que aún permanece en el yo y puede retornar a él”.

En este párrafo se ve cómo el narcisismo es en este momento para Freud un estadio definido —más aún que en la cita anterior—, que aparece de algún modo vinculado a la organización del yo. Además, ya está presente una de las nociones centrales del escrito básico 15 del año siguiente: catexias de objetos como emanaciones de la libido del yo. Por otra parte, figuran los instintos sexuales parciales como no dirigidos a un objeto, dejando de lado Freud, aparentemente, sus anteriores formulaciones de que surgieron apoyados en el

instinto de conservación, que si tiene un objeto, el pecho. Vuelvo a señalar que el narcisismo continúa siendo presentado por Freud como un enamoramiento y, aun refiriéndolo a estados patológicos, no incluye su parte destructiva.

e. En la *Introducción al narcisismo*, 15 Freud recapitula toda su concepción del tópico y la amplía, al diferenciar entre la libido del yo y la libido de los objetos —hasta la cita anterior no estaban distinguidas las dos categorías de la libido—, al referirse a las formas de relación entre el yo y los objetos externos y a las elecciones objetales (además de otros puntos que no desarrollaré específicamente, aquí, como ser el correspondiente al ideal del yo).

Por primera vez se refiere explícitamente a una característica negativa del narcisismo, cuando habla de, ‘Las actitudes narcisistas visibles en los neuróticos, que constituyen uno de los límites de su susceptibilidad para ser influidos’ por el análisis (p. 78). Esto es más negativo aun en algunos psicóticos, que “se vuelven inaccesibles a la influencia del psicoanálisis y no pueden ser curados con nuestros esfuerzos” (p. 74).

En los referidos enfermos, que se caracterizan por la megalomanía y el apartamiento de su interés del mundo, “la megalomanía ha surgido a expensas de la libido objetal. La libido, que ha sido retraída del mundo externo, fue dirigida hacia el yo, de donde surge una actitud que puede llamarse narcisista. Pero la megalomanía no es una creación nueva; es, por el contrario, la magnificación de una condición que ya existía previamente. Esto conduce a considerar al narcisismo que surge de la retracción de las catexias de objeto como secundario, superimpuesto sobre un narcisismo primario” (p. 75). Pienso que es acá la primera vez que Freud habla claramente de dos tipos de narcisismo, si bien este narcisismo primario tiene características distintas de las que le adjudicará al narcisismo primario en la que llamo su segunda teoría del narcisismo —es primario en relación con el secundario y no en el sentido de previo a todo otro estado—. Más adelante reitera, ampliándola, la descripción que adelantó en *Tótem y tabú*: “Nos formamos la idea de que existe una catexia libidinal original del yo, de la cual una parte es emitida hacia los objetos, pero fundamentalmente persiste y se relaciona con las catexias objetales como el cuerpo de una ameba se relaciona con sus pseudopodios” (p. 75). Es decir

que, para Freud, en este momento la libido está primeramente en el yo. Podríamos pensar que se trata de una energía indiferenciada, ya que, “Vemos una antítesis entre libido del yo y libido objetal. Cuanto más se emplea una, más se vacía la otra” (p. 76). Como dije, es la primera vez que Freud distingue estos dos tipos de libido. Más abajo señala que, “Una diferenciación de la libido es un corolario inevitable de la hipótesis original que distinguió instintos sexuales e instintos del yo” (p. 77). Pero en el estado de narcisismo, en lo que se refiere a la diferenciación de energías psíquicas, existen juntas y nuestro análisis es demasiado tosco para distinguir entre ellas; hasta que no hay catexia objetal no es posible discriminar la energía sexual —la libido— de la energía de los instintos del yo” (p. 76). Me pregunto si una consecuencia de esta afirmación no podría ser que, dado que hay objetos ya para los instintos del yo, y éstos son en este momento indiferenciados de la libido, también habría objetos para ésta. Este es evidentemente, como dije antes sino de los puntos más oscuros de la teoría de la relación objetal de Freud, va que se pueden orientar sus opiniones hacia que sí hay objetos desde el principio, o hacia que no los hay, según los textos o pasajes que se elijan.

Con respecto a este punto dice más adelante: “Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son experimentadas en conexión con funciones vitales que sirven al propósito de la autopreservación. Los instintos sexuales están al principio ligados a la satisfacción de los instintos del yo; sólo más tarde se vuelven independientes de ellos, y aun entonces tenemos una indicación de su ligazón original en el hecho de que las personas que proporcionan al niño alimento, cuidado y protección se tornan sus más tempranos objetos sexuales: es decir, en primera instancia la madre o alguien que la sustituye” (p. 87). Esta es la forma de elección objetal que llama *anaclítica*, que se diferencia de la narcisística en que, en ésta —que surge en aquéllos cuyo desarrollo libidinal se vio perturbado—, el modelo para la elección de objeto amoroso es el sujeto mismo.

El fin en la elección objetal de tipo anaclítico es amar; mientras que en la de tipo narcisístico es ser amado (p. 98).

Este pasaje es una reafirmación del ya citado de los *Tres ensayos*, en su párrafo sobre “Hallazgo de un objeto”; claro que estos pasajes reafirman a otros.

Luego reitera lo ya expuesto en *Tótem y tabú* sobre la relación entre narcisismo y autoerotismo, es decir la existencia de instintos autoeróticos desde el principio, mientras que el yo no existe como tal y debe desarrollarse: “Por lo tanto, algo debe agregarse al autoerotismo —una nueva acción psíquica— para que surja el narcisismo” (p. 77). Es decir, que vuelve a afirmar la relación entre narcisismo y formación del yo, que algunos autores llaman sentido estructurante del narcisismo.

Sólo mencionaré las partes de este trabajo sobre el ideal del yo: “El desarrollo del yo consiste en un abandono del narcisismo primario y origina vigorosas tentativas para recuperar ese estado. Ese abandono es producido por medio del desplazamiento de la libido hacia un ideal del yo impuesto desde afuera” (es decir, por la influencia crítica de los padres, la opinión pública, etcétera) “La satisfacción se obtiene colmando este ideal”.

“Al mismo tiempo el yo ha emitido catexias objetales libidinales. Queda empobrecido a favor de estas catexias así como a favor del ideal del yo, y se enriquece nuevamente obteniendo satisfacciones de sus objetos o colmando ese ideal” (p. 100).

Una última consideración es cómo Freud, si bien vincula su planteo sobre el narcisismo a las psicosis —ya no sólo a las perversiones o a las modalidades arcaicas infantiles o de pueblos primitivos—, evidentemente obstaculizadoras de la felicidad del sujeto, continúa manteniéndolo alejado de la destrucción mítica.

En las citas siguientes, Freud se va alejando de su primera teoría sobre el narcisismo.

f. Un año después, en *Instintos y sus vicisitudes* 11 (1915), Freud parece estar encaminándose hacia la que llamo su segunda teoría. Ahora coloca al narcisismo primario al comienzo de la vida, aunque todavía no lo presenta

como absoluto: “Originalmente, en el comienzo mismo de la vida mental, el yo está catectizado con instintos y es hasta cierto punto capaz de satisfacerlos consigo mismo. Llamamos a esta condición *narcisismo*, y a este modo de obtener satisfacción *autoerótico*” [p. 134]. En una nota aclara que, algunos de los instintos sexuales son capaces de satisfacción autoerótica; que otros requieren desde el principio un objeto, mientras que las necesidades de los instintos del yo, que no son nunca capaces de satisfacción autoerótica, naturalmente perturban este estado de narcisismo primario y preparan el camino para superarlo.

Por primera vez relaciona al narcisismo con la agresión: “Cuando durante el estadio de narcisismo primario, el objeto hace su aparición [...], lo opuesto al amor, o sea el odio, también se desarrolla” (p. 186). Y más adelante: “El odio como relación con los objetos, es anterior al amor. Deriva del repudio primordial del yo narcisista hacia el mundo externo con su emanación de estímulos” (p. 189).

Ha desaparecido la concepción del narcisismo como diferente del autoerotismo y como etapa vinculada a la formación del yo. Continúa la indecisión con respecto al inicio de las relaciones objetales.

g. En el capítulo 26, “La teoría de la libido y el narcisismo”, de *Conferencias introductorias al psicoanálisis (1916-17)*, 12 habla nuevamente del narcisismo “como estado original, a partir del cual el amor objetal se desarrolla sólo después, sin que el narcisismo desaparezca necesariamente” (p. 416). En este momento, considera que, “El autoerotismo es la actividad sexual del estadio narcisístico de la libido” (p. 416).

Más adelante, ya habla de narcisismo total: “En el durmiente el estado primario de distribución de la libido se ve restaurado —narcisismo total— de manera que la libido y los intereses del yo, aún unidos e indistinguibles, ocupan al autosuficiente yo” (p. 417).

También menciona el carácter patógeno de la acumulación de la libido narcisística vuelta hacia el yo, pero lo plantea en términos puramente

mecánicos, por los cuales el yo se enfermaría por exceso de libido encerrada en él.

Vuelve a hablar de la inaccesibilidad de las neurosis narcisistas desde el plinto de vista del análisis, “Una pared que nos detiene” (p. 243).

Es decir que en este escrito es explicitado el narcisismo original absoluto y son descartadas las hipótesis no demasiado claras de la cita anterior con respecto a si hay o no objetos en los comienzos. Es que va triunfando en él su tesis de la evolución del psiquismo humano a partir de un hipotético estarlo primero en el que el organismo formaría una unidad cerrada con respecto a su ambiente, tesis que forma parte de su gran mito biológico propio, 28 y que retomaron luego muchos otros, como por ejemplo Fenichel, 7 por tratarse de una posición biologista y aparentemente simple. Aunque, como dice Laplanche, si el narcisismo es amor del yo por sí mismo, y el yo no existe desde el principio, no puede haber narcisismo anterior a él, por más “originario” que sea.

28

Freud considera los aspectos negativos de la situación, aunque no los desarrolla, como tampoco lo hará después de *Más allá del principio del placer* 9 (1920), pese a su cambio en la teoría de los instintos y su inclusión en ella del instinto de muerte. Es cierto que tampoco incorporó éste a las fases del desarrollo, como luego lo hizo Abraham, 1 pero una línea de pensamiento a partir de él podría conducir al narcisismo como estado potencialmente letal, recuperando así la dimensión simbólica del mito que lo denominó.

*h.* En *Psicología de las masas y análisis del yo* 18 (1921), vuelve a referirse al narcisismo absoluto: “Al nacer, se da el primer paso desde un narcisismo absolutamente autosuficiente a la percepción de un mundo externo cambiante y a los comienzos del descubrimiento de los objetos” (p. 180).

Creo que aquí figura en su forma más acabada lo que llamo segunda teoría de Freud sobre el narcisismo. Para resolver el dilema de ausencia total de relaciones objetales versus existencia de tales relaciones que permitan la satisfacción de los instintos de conservación, a lo que puede sumarse la

complejidad de explicaciones que requeriría la existencia de objetos “para” los instintos de conservación y no “para” los sexuales, luego de que ambos quedaron unidos como instintos de vida.

Freud decide colocar el estado anobjetal en la vida prenatal, siendo el nacimiento el primer paso para salir de él.

Esta concepción no ayuda a comprender al narcisismo primario. Lo reduce a una hipótesis improbable.

*i.* En *El yo y el ello* 18 (1923), Freud cambia el lugar “de depósito” original de la libido, pasándolo desde el yo, donde lo ubicaba en los escritos anteriores, al ello. Define este cambio como una importante amplificación de la teoría del narcisismo: “En los comienzos mismos, toda la libido está acumulada en el ello), mientras que el yo) está aún en proceso) de formación, o es todavía débil. El ello envía parte de esta libido en forma de catexias objetales eróticas, mientras que el yo, cuando crece y se fortifica, trata de captar parte de esta libido objetal y de imponerse al ello como objeto amoroso. Este narcisismo del yo es por lo tanto, secundario, y ha sido retraído de los objetos” (p. 46). El cambio de lugar original de la libido se vincula, obviamente, con la nueva concepción de la estructura psíquica, pero su consecuencia es que habría narcisismo primario sólo para el ello.

En esta misma obra se observa una de las pocas —la única que he encontrado— ocasiones en que Freud vincula al narcisismo con el instinto de muerte: “Reteniendo la libido de las catexias objetales, estableciéndose como único objeto de amor, y desexualizando o sublimando la libido del ello, el yo está trabajando en oposición a los propósitos de Eros y colocándose al servicio de los impulsos instintivos opuestos” (p. 46), ya que evita la unión con los objetos.

Es lamentable que Freud no haya proseguido con esta línea de trabajo.

En lo que respecta al “punto de partida” del narcisismo) primario, con relación a si la libido está en el yo y queda en él, o está en el ello y es atraída por el yo, es decir si hay o no narcisismo primario del yo —en el sentido de originario—, Freud siguió variando su opinión, como lo hace notar Strachey en el “Apéndice B” de *El yo y el ello* 18 (p. 63), ya que en *Estudio autobiográfico* 8 (1925), en

las *Nuevas conferencias introductorias* 14 (1988) y en *Esquema del psicoanálisis* 16 (publicado en 1940), volvió a hablar del yo como gran depósito original de la libido.

Puede deducirse con toda seguridad que Freud no llegó a afirmarse en ninguna concepción clara sobre este punto.

La que llamo segunda teoría del narcisismo me parece empobrecedora con respecto a la primera, en el sentido de que se pierde al narcisismo como estadio de la evolución desde las pulsaciones parciales anárquicas y autoeróticas hasta la elección objetal amorosa; se pierde su relación con la constitución del yo y se está frente a un narcisismo primario prenatal, que no puede ser confirmado ni refutado empíricamente ni tampoco resulta una hipótesis clínicamente útil.

En la literatura psicoanalítica posterior se consideró generalmente, hasta hace unos pocos años, la segunda posición de Freud con respecto al narcisismo —es decir narcisismo primario original anobjetal, paradigmático en la época prenatal, narcisismo secundario como retorno hacia el yo de la libido antes dirigida hacia los objetos—, como si hubiera sido la única. Pongo nuevamente como ejemplo a Fenichel (p. 7).

La escuela húngara y la kleiniana retomaron el problema del narcisismo.

En este caso me referiré a Balint 34 como representante de la escuela húngara.

Balint 4 cita una serie de contradicciones de Freud respecto del amor objetal primario —el pecho de la madre—, el autoerotismo y el narcisismo primario, y propone, para reemplazar la teoría del narcisismo primario (la llamada por mí segunda teoría de Freud) una concepción de amor objetal primario (p. 85): “El individuo nace en estado de intensa relación con su medio tanto biológica como libidinalmente. Se relaciona mediante tres formas de catexias: 1. remanentes de catexias prenatales transferidas a los objetos emergentes; 2. otros remanentes de las catexias prenatales retirados hacia el yo como consuelos

secundarios contra la frustración, o sea la catexia narcisista y autoerótica, y 3. nuevas catexias que emanan del narcisismo secundario que adquiriera el yo.”

Podría objetársele a Balint que, postulando un estado inicial de intensa relación objetal, explica este modo de relación fundamentalmente en base a movimientos de las catexias prenatales, ellas mismas hipotéticas.

En la escuela kleiniana, sabemos, se postula la existencia de relaciones objetales desde el comienzo, de amor y de odio. Es así que las relaciones narcisistas serán propias de la posición esquizoparanoide y se caracterizarán por proyectar partes propias en el Otro, que entonces representa al *self* —de donde el *self* sólo se relaciona consigo mismo en última instancia—.26

Dentro de la escuela kleiniana. Paula Heimann ha discutido específicamente los temas que aquí estudio. 20

Toma la que llamé primera teoría freudiana del narcisismo, que describe así: “Freud concluyó que el narcisismo es un constituyente regular en el desarrollo sexual. Narcisismo es el estado en el que el yo dirige su libido sobre sí mismo. La diferencia entre autoerotismo y narcisismo, según Freud, reside en que, en la primera condición no hay aún un yo (que deberá ser formado). Los impulsos autoeróticos son primordiales y *anteriores* a la formación del yo. Es evidente, sin embargo, desde que la formación del yo es un proceso gradual, que las dos fases deberán entremezclarse la una con la otra. En la teoría de Freud sobre la libido, autoerotismo y narcisismo representan las formas más tempranas tomadas por la libido y preceden a las fases libidinales objetales” (p. 145).

Luego recuerda, “Según Freud, al principio, la libido infantil está ligada a un objeto y amalgamada con la alimentación; más *tarde* se desprende de la función autopreservativa y del objeto” (p. 145). Comenta que Freud no explicó qué ocurría en la mente del niño cuando abandonaba al objeto, no aplicándole tampoco luego las conclusiones sobre consecuencias de la pérdida del objeto. Eso es exacto, ya que después de *Duelo y melancolía*, Freud no intentó rever estos aspectos, surgiendo por el contrario la que llamé *segunda* teoría del narcisismo.

Luego Paula Heimann plantea su explicación del autoerotismo y del narcisismo, explicación que incorpora las relaciones con el objeto, en su ausencia, destacando la existencia de los objetos internos: “Cuando el niño al succionar su pulgar [recuerda] sus placeres pasados al succionar el pecho de su madre, no se da cuenta de estar recordando un pasado [“.3 sino que se siente en contacto actual con el deseado pecho [...] Las fantasías de incorporar el pecho, que forman parte de sus experiencias orales y de sus impulsos, lo conducen a identificar su dedo con el pecho incorporado. Puede producir independientemente su propia gratificación porque en su fantasía una parte de su propio cuerpo representa al objeto del que carece en la realidad. En su actividad autoerótica, se vuelve hacia su pecho bueno internalizado, y el placer del órgano está conectado con el placer proveniente de un objeto imaginado. Si estos factores son tomados en consideración no puedo mantenerse que las actividades autoeróticas sean sin objeto” (p. 146).

Considera que, “La introyección y la proyección explican la independencia del bebe en su autoerotismo” (p. 147). Es decir, que ha habido introyección del objeto bueno y proyección afuera del objeto malo.

En esto coincide con aquella frase de Freud en *Instintos y sus vicisitudes* 11, en la que hablaba del odio al mundo externo propio del narcisismo.

Posteriormente Paula Heimann introduce sus concepciones sobre diferencias entre autoerotismo y narcisismo, éstas sí independientes de lo dicho por Freud y especialmente centradas en la interrelación objetos externos-objetos internos. Cree que, siendo el narcisismo posterior, en él el yo está más adelantado en su formación y el principio de realidad tiene más vigencia; como consecuencia de lo cual, los estímulos displacenteros internos no pueden ser tan fácilmente negados y proyectados al exterior como en la fase previa, y entonces la frustración es experimentada con más intensidad. De esto deduce que, “En el estado narcisista hay un elemento de agresión más fuerte que en el autoerótico” (p. 149). Hay hostilidad hacia el objeto externo causante de la frustración, “y cuando se vuelve hacia el objeto interno, es bajo la presión de la hostilidad hacia el objeto externo” (p. 149). Deduce que la diferencia entre

gratificación autoerótica y conducta narcisista es que, “En el primer caso la vuelta hacia el pecho bueno internalizado es la emoción determinante mientras que en el segundo lo determinante es el apartarse del pecho externo malo” (pp. 149-150). Esto explicaría las dificultades en el análisis de pacientes narcisistas: odio hacia el objeto externo y relación precaria con el interno, ya que como en este estadio la negación y el clivaje ya son menos efectivos, algo del odio hacia el objeto externo es transportado a la relación con el interno y hay que reforzar el odio y rechazo hacia el objeto externo para mantener como bueno al interno.

Una diferencia importante con Freud reside en la importancia que atribuye a las fantasías con objetos internos en el narcisismo de los pacientes psicóticos, va que Freud dijo que en ellos la libido retraída de los objetos externos no era dirigida a objetos imaginarios, salvo como proceso reconstitutivo con lo cual no se podía más que concluir que eran imposibles de analizar.

Algo curioso es que, cuando Paula Heimann se refiere al mito de Narciso en una nota, toma una versión de él, sin citar de dónde la extrajo, que difiere de las más conocidas y coincide con sus teorías —un signo de cómo se encuentra lo que se va a buscar—. Cuenta que la ninfa Eco se enamoró de Narciso y como fue rechazada por éste, imploró a Afrodita que la vengara. Esta accedió e hizo que Narciso confundiera su propio reflejo en el agua con una ninfa acuática. Al no poderla abrazar, su rostro expresó tristeza y entonces creyó que su ninfa amada sufría y para salvarla trató de alcanzarla, ahogándose. Interpreta que Narciso subjetivamente amaba a un objeto y que como consecuencia de la culpa por haber rechazado a Eco debía sufrir un duelo por un objeto inalcanzable y sucumbir a una depresión suicida. Hay que interpretar la búsqueda afuera de la propia imagen por su opuesto: Narciso mira dentro de sí, donde está su objeto amado, a quien realmente mira (pp. 167.168).

En general, la concepción de Paula Heimann, esclarece la dificultad del análisis de los pacientes narcisistas al incluir los objetos internos. Con respecto al mito griego, toma el aspecto de la muerte pero en un sentido que no podría compartir, Primero porque me parece una muerte mitigada y segundo porque me parece ajena al punto central del conflicto de Narciso: su aislamiento y su negativa de amar. Narciso me parece incapaz de depresión, aun suicida. Es como si, sintiendo que Freud encerró por momentos demasiado al sujeto en su narcisismo, Paula bimanos tendiera hacia otro extremo: dotar en exceso al

paciente narcisista de relaciones objetales. Por ejemplo, Narciso está en duelo por Eco y además cree ver en su reflejo a otra.

De todos modos, es obvio que el tipo de aproximación kleiniano permite intentar y a veces lograr, el análisis de pacientes narcisistas.

Dentro también de la escuela kleiniana, Rosenfeld se ha descrito con meridiana claridad las características de las relaciones de objeto narcisistas y de los mecanismos de defensa relacionados con ellas, especialmente tal como pudo observarlas en analizando psicóticos.

Describe estas características como: 1. omnipotencia, en la que el objeto, generalmente parcial, es incorporado y tratado como una posesión; 2. identificación, por incorporación omnipotente o identificación proyectiva omnipotente; 3. desconocimiento de la separación sujeto-objeto, para librarse de la dependencia con respecto al objeto y de las ansiedades concomitantes; 4. intensidad de la envidia, que puede ser clivada, atribuida al objeto y negada, de modo que el objeto queda dotado de todas las características propias indeseables y es desvalorizado; 5. rígida defensa frente al conocimiento de la propia realidad psíquica, ya que cualquier ansiedad despertada por conflictos entre partes del *self* o entre el *self* y la realidad es inmediatamente evacuada; 6. imagen propia altamente idealizada que provoca la negación omnipotente de todo lo que interfiera con esta idealización. Esta última característica bloquea el progreso analítico, dado que la imagen propia idealizada se ve puesta en peligro por el *insight* y el contacto con la realidad psíquica y para evitarlo el *insight* es repetidamente expulsado.

Cree Rosenfeld que fueron estas dificultades las que llevaron inicialmente a Freud a considerar las “neurosis narcisistas” como inanalizables y a sus resistencias como un muro de piedra.

En cuanto descripción clínica ésta parece completa y totalmente vigente.

Otra escuela que ha hecho aportes importantes al tema del narcisismo es la de Lacan y los autores vinculados a sus ideas. En general, procuran revalorizar la que llamé primera teoría de Freud sobre el narcisismo y tomar en cuenta los aspectos de éste vinculados con la agresión.

Laplanche y Pontalis 29 creen que: “Si se quiere conservar la distinción entre un estado en el que las pulsiones sexuales se satisfacen de manera anárquica, independientemente las unas de las otras, y el narcisismo, donde es el yo como totalidad el que es tomado como objeto de amor, se llega a hacer coincidir la predominancia del narcisismo infantil con los momentos formadores del yo.

“La unidad del yo se ve precipitada por una cierta imagen que el sujeto adquiere sobre sí mismo en base al modelo del otro, y que es precisamente el *moi*.<sup>\*</sup> El narcisismo sería entonces la captación amorosa del sujeto por esa imagen” (p. 262), y se trata del estadio del espejo. Creen posible “volver a dar su sentido a la intención de Freud cuando, retomando la noción del narcisismo introducida en patología por H. Ellis, la amplía hasta hacer de ella un estadio necesario en la evolución que lleva desde el funcionamiento anárquico, autoerótico, de las pulsiones parciales hasta la elección de objeto. Nada parece oponerse a que se designe con el término de narcisismo primario a una fase precoz o a momentos fundadores, que se caracterizan por la aparición simultánea de un primer esbozo de *moi* y de su investimento por la libido, lo que no implica ni que este primer narcisismo sea el estadio primero del ser humano ni que [...] esta predominancia del amor de sí mismo excluya toda investidura objetal” (p. 265).

Para Lacan 27 hay un momento fundamental en la constitución del yo, al que llama estadio del espejo; se produce cuando el pequeño —entre los 6 y los 18 meses— reconoce su imagen en el espejo, acompañando este reconocimiento con júbilo y gestos lúdicos. El estadio del espejo debe “comprenderse como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término, a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen” 27 (p. 94). En este caso la del cuerpo, que estructura al *je*.

“La asunción jubilante de su imagen especular por parte del ser aún no salido de la impotencia motriz y en dependencia alimentaria, nos parecerá manifestar en una situación ejemplar la matriz simbólica en la que el *je* se precipita en una

---

<sup>\*</sup> Transcribo **moi**, ya que en español no se dispone de términos distintos para *moi* y para **je**, que responden a diferentes conceptos dentro de la escuela lacaniana.

forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje lo restituya a lo universal de su función de sujeto” 27 (p. 94).

Antes del estadio del espejo el pequeño no tenía una experiencia unificada de su cuerpo como totalidad, sino que lo percibía como fragmentado, fantasía que puede verse en los análisis que alcanzan una regresión profunda, en alucinaciones de esquizofrénicos, en algunas producciones artísticas, como por ejemplo en las pinturas de Jerónimo Bosch.

Frente al espejo, el niño primero cree que hay allí un ser real, al que trata de agarrar. Luego comprende que se trata de una imagen, no de alguien real. Finalmente entiende que se trata de su propia imagen.

Como esta captación le viene desde afuera, visual-mente, antes de que haya superado su inmadurez neurobiológica y se capte desde adentro como unidad, el estadio del espejo resulta para él un “momento estructurante”, en el que se identifica primordialmente con la *Gestalt* visual de su propio cuerpo 27 (p. 113). “Sólo hay un Otro que no es *moi*, porque el *moi* es originalmente otro’, en el espejo 29 (p. 195).

El júbilo del bebe frente al espejo significa, dice Mannoni, 32 una victoria en la que se pone fin a la fragmentación primitiva (p. 105). Esto no ocurrirá en el psicótico, en quien se desencadenarán la autodestrucción o la destrucción o negación del otro. Esta alternativa surge de que “el conocimiento de sí es recibido por el bebe como una revelación a través de la imagen mediatizante de su madre [...]. Este encuentro con su imagen (a través de la del otro) introduce al conocimiento de sí y del otro, a través de una crisis de celos identificatorios en la que se juega la suerte de la realidad. El sujeto sumergido en la alternativa, debe elegir pactar con el otro o destruirlo.” El psicótico elige la destrucción.

En el momento en que se cumple el estadio del espejo, se inaugura, por la identificación con la imagen del semejante, la dialéctica que vincula el *je* a situaciones socialmente elaboradas. Este momento hace girar todo el saber

humano hacia la mediatización del deseo del otro. “El término de narcisismo primario con el que la doctrina designa la investidura libidinal propia de este momento [...] aclara también la oposición dinámica [...] entre esta libido y la libido sexual”, de modo que fue necesario “invocar instintos de destrucción y hasta de muerte, para explicar la relación evidente de la libido narcisista con la función alienante del *je*, con la agresividad que se desprende de toda relación con el otro” 27 (p. 98). Porque para Lacan la agresividad es la tendencia correlativa del modo de identificación narcisista 27 (p 110).

En el estadio del espejo, el niño se enfrenta a una libido negativa que hace lucir nuevamente la noción heraclitiana de la discordia, que el efesiano consideraba anterior a la armonía” 27 (p. 116). Esta libido negativa marca la relación de la imagen visual de sí con la “tendencia suicida que el mito de Narciso expresa esencialmente” 27 (p. 186).

Dentro de estos conceptos para nosotros nuevos y muy complejos me interesa destacar en primer lugar la importancia que da Lacan al narcisismo como momento formador del yo, que aunque primario viene a unificar un funcionamiento ya anterior, es decir está preparado por un proceso previo. En segundo lugar, el rescate, por lo menos parcial, del mito original, que Freud curiosamente omitió. Y digo curiosamente pues sabemos la preocupación que tuvo por analizar en todos sus términos otros mitos griegos (obviamente el de Edipo, también el de Prometeo, fragmentos de la Teogonía), ya que vela en ellos una ayuda decisiva para comprender los procesos inconscientes. 2 En tercer lugar, el acentuado planteo de la relación narcisismo-agresión, vislumbrado por Freud en *Instintos y sus vicisitudes* y luego retomado por Paula Heimann, pero en forma más atenuada.

Un autor que se ha ocupado recientemente del narcisismo y cuyo propósito es coincidente con el mío al buscar la relación narcisismo-muerte propia, es André Green. 22 Cree que la solución para clarificar la contradictoria teoría psicoanalítica del narcisismo “debe implicar ¡a intervención de la pulsión de muerte en sus efectos de separación” (p. 8).

“Si el narcisismo primario es tío estado absoluto, lo es en la medida en que representa el límite de lo que podemos concebir como forma de inexcitabilidad total” (p. 12). Señala que Freud siempre pensó, desde el *Proyecto*, en un estado de inexcitabilidad total.

Cita del *Esquema* el párrafo que dice; “La consideración según la cual el principio del placer exige una reducción, o quizás al fin de cuentas, la extinción de la tensión de las necesidades pulsionales (es decir, un estado de nirvana), conduce a problemas que aún no han sido estimados, sobre las relaciones entre el principio del placer y las dos fuerzas primitivas, Eros y la pulsión de muerte” (p. 15), y en seguida destaca que las versiones que se proponen del narcisismo primario ofrecen imágenes parciales de lo que pueden ser las relaciones entre el estado de nirvana y Eros, “pero nada nos dicen de la relación entre el nirvana y la pulsión de muerte” (p. 15). Quizás sea porque esos estados están concebidos “como etapas hacia sin nirvana completo, donde la pulsión de muerte reemplazaría al Eros, pero no sería su antagonista” (p. 16), y en base a lo que dice Freud, “que la pulsión de muerte nos condena a no oír sino el silencio [...] deberemos buscar por la parte del Eros que más se acerca al silencio de lo invisible y de lo mudo.

“¿Acaso no está claro que la operación del amor del yo por sí mismo [...] que asegura su independencia respecto del mundo exterior, el ahorro de inversiones de carga en relación con el objeto, el regreso de esas cargas al yo, la ausencia de conflicto siempre que la cualidad del amor del yo por sí mismo no ponga en juego la cualidad libidinal destinada al objeto, la protección de las decepciones provenientes de éste y por último la constitución de un sistema cerrado, reúnen la condición más cercana a la tentativa que el yo persigue en el dormir sin sueños? Aquí se resume esa situación límite en la que el ruido de la vida de Eros y el de la lucha contra Eros, al instalar en el seno del amor el principio de la muerte, ganan la apuesta de quedar libres el uno del otro” (pp. 36-37).

En general, llama la atención sobre el hecho de que la mayoría de los autores hablan de un narcisismo de vida y “guardan silencio sobre el

narcisismo de muerte, presente en forma de abolición de las tensiones a nivel cero” (p. 83). “El narcisismo del yo será, como lo dice Freud, narcisismo secundario sustraído a los objetos; implica el desdoblamiento del sujeto en una perspectiva en la que reemplaza al autoerotismo como situación de autosuficiencia. El narcisismo primario es, en esa perspectiva, deseo de uno, aspiración a una totalidad auto-suficiente e inmortal cuya condición es el autoengendramiento, muerte y negación de la muerte a la vez” (p. 84).

En otra referencia que hace este autor al narcisismo 23 dice, “El narcisismo no se deja aprisionar en el cuadro de las pulsiones de vida, el narcisismo no es solamente guardián de la vida; hay un narcisismo letal, es también prisionero de la muerte. Esta muerte no se cumple, en mi opinión, en la dilución o la expansión sino en la captación por la imagen de sí, en el espejismo de una liberación del deseo por autosuficiencia” (p. 124).

Este autor me parece haber recogido, por fin, la dimensión letal del mito de Narciso, aunque no entraré a discutir su análisis de las pulsiones, pues me interesa más el espíritu general de su conexión narcisismo/muerte que los pasos de la misma.

Creo que el material clínico que presentaré como ilustración indica la atmósfera tanática en que se desenvuelve el análisis de un paciente que está, como Narciso, siempre inmóvil frente a su imagen.

Nota: ya redactado el presente trabajo, recibí la publicación que contiene un nuevo trabajo de Rosenfeld sobre el narcisismo **(40)**. [.N. de R.: editado en el presente volumen]

En él, Rosenfeld se preocupa por algunos de los puntos a los que dedico aquí mi atención, ya que procura clarificar los aspectos destructivos del narcisismo, y considera que tanto Freud como Mélanie Klein no los tomaron en cuenta, por lo menos explícitamente. Le parece esencial diferenciar entre los aspectos libidinales y los destructivos del narcisismo. En cuanto a los segundos destaca la apreciación clínica de que los pacientes narcisistas parecen determinados a satisfacer un deseo de morir, de desaparecer en la nada, siendo la autoidealización especialmente una idealización de las partes destructivas omnipotentes del self, que hacen falsas promesas de un estado de

tipo nirvana, que en realidad implica la muerte y se basa en una fusión completa de los instintos básicos.

Coincido plenamente con el carácter tanático del narcisismo señalado por Rosenfeld.

### **consideraciones sobre el narcisismo en la situación analítica: el autismo transferencial**

Hasta aquí me he referido a aspectos generales del narcisismo. Pasaré a enfocar al narcisismo tal como se manifiesta en la situación analítica.

Liberman 30 ha estudiado específicamente estas formas de manifestación: “Debe considerarse como *actitud narcisística* toda presentación del paciente que tenga por finalidad perturbar o impedir al terapeuta la percepción justa de los «sucesos» que ocurren en los diferentes momentos del desarrollo de la sesión psicoanalítica” (p. 870). Entiende por tales sucesos las relaciones de objeto que el paciente adjudica al analista, los contenidos de la fantasía inconsciente operante y los signos de ansiedad que permitirían reconocer el punto de urgencia sobre el cual debe incidir la interpretación.

Retorna los conceptos ya expuestos aquí, de Paula Heimann, con respecto al narcisismo como momento en que el yo, por estar más desarrollado que en el auto-erotismo, puede negar en menor grado la realidad, por lo tanto ésta le resulta más frustrante y como consecuencia, se aleja del objeto externo malo - depositado en este caso en la figura del analista, agrega Liberman— y huye hacia el interno bueno, pero en una huida cargada con la hostilidad producida por la frustración con el objeto externo.

Entonces: el paciente se considera como único sujeto existente y su único objeto es su propio pensamiento (p. 871). Así, pierde toda noción del significado de la situación analítica, todo esclarecimiento le resulta perturbador, sólo quiere tranquilidad y reposo, para obtener lo cual se adapta a la situación analítica en forma meramente aparente, distorsiona en una forma que “lleva a

pensar en la acción del instinto de muerte actuando en las relaciones de objeto en la situación transferencial, interfiriendo la acción terapéutica” (p. 869).

Liberman considera —y parece muy cierto— que esta conducta tiene gran semejanza con la descrita por Bleuler y Minkowski con respecto al autismo, y entonces retorna este término y denomina esa situación del paciente frente al análisis como *Autismo transferencial*. Cree que. “El autismo transferencial es la manifestación de la fase narcisística en la relación analítica” (p. 872). Se caracteriza por una relación de no reciprocidad, en la que el paciente deforma tanto las interpretaciones como sus percepciones y emociones, y se ubica frente a estas deformaciones como el soñante frente a sus imágenes oníricas.

La voz y los gestos del paciente no son medios de comunicación con el analista, sino que tienen cualidades mágicas, al servicio de la megalomanía.

Liberman procura, con la introducción de esta nueva denominación de autismo transferencial, proponer una definición operacional en base a los datos proporcionados en el campo mismo del trabajo analítico es decir en el interjuego transferencia-contratransferencia. En este sentido, su proposición me parece plenamente justificada. Dice, “Esa definición [es] estrictamente operacional, debido a que el término se ha designado tomando como punto de partida las operaciones o procedimientos empleados para distinguir el objeto referido de otros términos” (p. 870).

Su criterio es, “Para construir teorías hay que partir de la transferencia [...]; para llegar a explicar todo lo que comprendemos sobre transferencia en la práctica psicoanalítica, se debe tomar como punto de partida todo lo que emana del conjunto de constantes y variables que forman sin contexto total que llamamos situación analítica. No se puede seguir separando los fenómenos del método x de la técnica de los observados puesto que existe entre ellos una permanente interacción” 31 (p. 42). Señala que en muchos trabajos analíticos “tiende a aislarse el objeto de indagación [en este caso las manifestaciones narcisísticas], la técnica de abordaje a estos fenómenos y la teoría emergente. Para comprender y explicar el narcisismo es necesario interrelacionar estos tres vectores de nuestra tarea” 30 (p. 869).

Este es también mi propósito. Liberman aplicó ese método al mito de Narciso, basándose en la versión de Ovidio (arriba citada). Llega a la conclusión de que el analizado encarna al héroe mitológico y el analista a la ninfa Eco. Piensa que el eco y el espejo simbolizan la representación auditiva y visual de la relación de objeto interna que permanece inmóvil en la situación transferencial, punto de vista que comparto. Que eco y espejo no pueden transformarse en audición y visión del objeto externo, debido a que en estos pacientes la identificación y la proyección acontecen entre partes propias, manteniéndose un aislamiento total entre el objeto interno proyectado y el objeto externo sobre el cual se realiza la proyección. También comparto esta opinión.

Pero luego confiere a Eco el ser representante de los instintos de muerte y atribuye la transformación final de Narciso en flor a la acción de los instintos de vida pasando por alto su muerte. De aquí deriva que, cuando el paciente establece un muro autista, es porque impera en la situación analítica una relación de objeto que tiende a obstruir la incorporación de la interpretación porque está cargada de instintos de muerte, cosa que ocurrirá cada vez que el analista asuma el papel de Eco. Piensa también que Narciso se acerca a la fuente como al pecho y que su imagen especular reflejada es el objeto bueno perdido; la ninfa Eco es el objeto malo que reintroyecta Narciso como respuesta a su lamento. Estos plintos de vista son los que no comparto, como explicaré al dar material de mi paciente.

Otro aporte al tema es el de Geneviève de Rodrigué 38 a raíz de su preocupación por los pacientes que rechazan sistemáticamente la interpretación, por ignorancia absoluta de la existencia del otro y la sola vigencia del propio mundo interior, situación que, siguiendo a Liberman llama autismo transferencial. G. de Rodrigué distingue dos tipos de autismo: uno, tipo Kanner, en el que se trata de sin omnipotente no existir del objeto analista, para quien, sin embargo, el mundo interior del analizando es perfectamente visible y claro, aunque inaccesible como si existiera un vidrio de por medio; otro, tipo Bleuler, que consiste en una técnica inconsciente para mantener afuera al objeto/analista, ocultando su interior mediante una conexión aparente, en base a la cual parecen recibir la interpretación y responden con material

confirmatorio que refleja lo que el analista suponía. Es ésta una actitud refractaria hacia el afuera, en base a la cual nana penetra en el interior; se trata de una técnica de espejo. Este tipo sería el descrito por Liberman, en el que el paciente hace del analista sin Narciso fascinado por el reflejo de sus interpretaciones, que se mira a si mismo y así no mira al paciente —estas últimas son consideraciones de G. de Rodrigué y no de Liberman. Me da la impresión de que las explicaciones de ambos autores no son coincidentes sobre este punto va que G. de Rodrigué presenta una distribución de papeles distinta a la que presenta Liberman: el analista es Narciso en lugar de Eco, el paciente es el reflejo en lugar de Narciso.

### **planteo de una forma de autismo transferencial el paciente frente al espejo**

Expuse cómo se habían descrito dos tipos de autismo transferencial, uno en el que el paciente aparece inaccesible por estar tras un vidrio, otro en el que aparece igualmente inaccesible por estar tras un espejo deformador que no permite verlo 30 (p. 38).

Planteo otra posibilidad de manifestación del autismo transferencial: la del paciente que transforma al analista en un espejo, frente al cual queda indefinidamente inmóvil. El analista puede ver lo que le ocurre y él lo acepta, pero atribuyéndoselo al analista/espejo.

El paciente es un Narciso, en el sentido de que queda estática frente a su imagen; el analista es una cosa donde colocar esta imagen o un reflejo de ella. Como tales representa las partes propias y objetos internos que el paciente considera indeseables —pero que son reales— y que niega y proyecta. Concomitantemente, el paciente idealiza en forma extrema las partes propias —fundamentalmente cualidades imaginarias— y los objetos internos que acepta, con los que está embelesado en un amor maravilloso. Luego mantiene rígidamente este clivaje.

Como consecuencia, el análisis se cristaliza, no hay cambios ni introyección de interpretaciones ni de todo lo clivado.

Si este esquema amenaza romperse, por efecto de las palabras del analista,

el paciente se siente en situación de catástrofe y despedazamiento psicóticos, para evitar lo cual inmediatamente dedica todos sus esfuerzos a restituir la situación previa.

Se trata de un autismo “frente al espejo” que me parece más total, más mortífero que los descritos por Liberman y de Rodrigué.

### **descripción de esta situación mediante material clínico ejemplificador**

He podido apreciar la referida situación en variadas ocasiones, como momentos más o menos duraderos del análisis de pacientes con núcleos narcisistas importantes. Pero mostraré un paciente en quien esta situación es especialmente notable por su agudeza y cristalización.

Se trata de un hombre de cuarenta años, hijo único de padres brasileños, a los que no ve desde hace largos años. Ha pasado por varios tratamientos psiquiátricos, entre ellos una internación que duró un año, luego de unos episodios alucinatorios en los que sentía ruidos de ametralladoras dirigidas a matarlo.

Luego abandonó su país natal (Brasil), hace una decena de años, sin que se sepa mayor- mente por qué. En Montevideo, también se sometió a varios tratamientos psiquiátricos y psicoterapéuticos.

Vive solo, sin amistades, manteniéndose por su cuenta, si bien con considerable dificultad. Cuando comenzó el análisis, hace cinco años, pasaba varias horas por día, parte de la noche y a veces varios días acostado, durmiendo, leyendo novelas policiales, fantaseando con vivir en otros lugares y otros tiempos y con coger a todas las mujeres y luego matarlas”. Fumaba, se masturbaba, tiraba la comida por el suelo, no se cambiaba de ropa. Faltaba a su trabajo, logrando retenerlo por medio de engaños.

Luego de tres años de esta situación, abandonó su encierro y cambió su trabajo por otro en el que debe recorrer toda la ciudad continuamente,

empleando gran esfuerzo, para obtener muy escasos beneficios. A la vez, va estableciendo frecuentes vínculos, superficiales y de corta duración, con gente extraña (por ejemplo, supuestos exiliados, contrabandistas, drogadictos, budistas).

No considero que este cambio represente una mejoría ya que en el análisis como veremos, la situación permanece estática; pienso que se trata de un pasaje de un modo de fantasear a otro; para emplear una comparación diría que se trata de un pasaje de soñar a estar sonámbulo. Retomo aquí el concepto de Bion, 6 de que los psicóticos están en un estado que se sitúa entre el de dormir y el de estar despiertos, y el de Resnik, 37 de que siempre están dormidos, como resultado de lo cual todas las personas con quienes se relacionan pasan a ser personajes de su mundo onírico.) Procederá a describir su concepción del mundo, incluida desde luego la situación analítica, que está regida por el narcisismo, la omnipotencia, la negación de la realidad, la cosificación, la no introyección y, lo que más me interesa en este trabajo, por el estar situado frente a mí como frente a su espejo, y las consecuencias “mortíferas” de esta posición.

### **mundo particular narcisista**

Vive en su mundo, que es distinto, único y superior —es decir, extremadamente idealizado— al de “la gente mediocre, que hacen todos lo mismo, trabajan, estudian, pasean”. En este “mundo mediocre” ingresan en su relato, en forma rotativa e indefectible, todas las categorías posibles; por ejemplo, intelectuales, estudiantes, profesores, comerciantes, burgueses, revolucionarios, adolescentes, funcionarios, niños. Sólo él queda fuera de esa mediocridad oponiendo a todas esas actividades la superior (intensamente idealizada) de fantasear en la cama o de recorrer las calles, también fantaseando, en su nuevo trabajo.

Tanto en la cama como en la calle va soñando, o tratando de vivir, sueños en los que es, por ejemplo, arzobispo, asceta que vive en el desierto, detective inglés, asesino de mujeres, revolucionario, dictador ejecutivo dirigente de empresas, adolescente, protagonista de aventuras maravillosas este su mundo propio —siempre teñido de omnipotencia, triunfo y destrucción— es lo único que ama y lo único que siente como digno de ser amado.

Desprecia particularmente y odia con gran intensidad a las mujeres. Como ya dije, durante muchos años fantaseaba con “coger a todas las mujeres del mundo y luego matarlas, con ametralladoras o tirándolas por la ventana. Son todas minas putas, la manera como se visten lo demuestra, lo excitan y después no puede conseguirlas. Tiene relaciones sexuales muy esporádicamente desde los 30 años; antes no las tenía “porque era pecado”, tampoco sabía cómo tenerlas, pensaba que habría que introducir el pene por el ano e ignoraba la existencia de la vagina. Sus parejas son ocasionales pues las deja en seguida para que no lo atrapen, o bien ellas desaparecen y no sabe por qué; no se aproxima a prostitutas “por no querer pagar”.

Sobrevalora la religión católica, que- ahora no practica, pero en la que fue educado. Mas considera que la iglesia está actualmente equivocada especialmente porque acepta más la sexualidad, que es mala y sucia”. “No cambiaría esta opinión aunque Pablo VI viniera a decírmelo; le mostraría que está equivocado.” Es decir, tiene su religión particular.

Considera que el dinero es una cosa absurda. No tiene sentido establecer ni menos respetar, un presupuesto. En las varias ocasiones en que ha estado a punto de quedar sin trabajo, pese a que entonces quedaría sin ningún recurso y no podría contar con ayuda alguna, no se ha preocupado “porque no tiene sentido”. Cuando cobra su sueldo, lo coloca en un bolsillo, sin contarle ni saber cuánto es y va sacando para pagar sus gastos, muchos de los cuales parecen inútiles como numerosos taxímetros, regalos a gente que casi no conoce, comidas de tipo infantil y no alimenticias. Cuando se termina el dinero, a veces el 10 ó el 12 del mes, no come más que arroz hervido. También idealiza esta actitud de “desinterés” superior, inspirada por “desprendimiento de las cosas materiales”. Casi todos los meses paga el análisis con errores extraños, como una semana de más, dos de menos, una cantidad que no resulta en absoluto un múltiplo de cada sesión, media sesión, incluyendo sistemáticamente los feriados. Es decir que su manejo del dinero es particular.

Poco a poco su lenguaje va adquiriendo características especiales, mediante la infiltración de palabras brasileñas acentuadas de una manera propia. Aunque este rasgo no es muy marcado por el momento, apunta hacia la creación de un lenguaje privado.

Últimamente, ha aparecido además una vestimenta singular, consistente en colocarse botones distintos en el saco o, porque se le ha roto el cierre metálico de la bragueta, coserla con enormes plintos de hilo de color distinto del tono del pantalón. “Son detalles que no importan. Yo no me fijo en eso.”

También trata su cuerpo de una manera particular, que revela absoluto desprecio. Por ejemplo, pude saber recientemente que, si olvidó comprar jabón, se lava con detergente, y casi siempre la parece preferible hacerlo con jabón en polvo más bien que con jabón de tocador. También una vez, cuando se le desprendió un pedazo de una muela, procedió a pegarlo con poxipol.

En el descuido por sus necesidades materiales más básicas, se observa una idealización de un estado nirvánico y letal de no necesitar nada. Así es como - hace poco contó que había pintado en su pared una “magnífica” frase que alguien le había leído y que entendió como: *lo mejor es la ausencia total de necesidad*. “Si no necesitara nada, no perdería tiempo en trabajar, comer, todo eso, y podría fantasear todo el tiempo.” Claro que si no necesitara nada no comería mas, y...

### **omnipotencia**

Se siente el centro del mundo. Así es que cuando se refiere a los diversos lugares donde residió, primero en varias ciudades del Brasil y luego en distintos lugares de Montevideo, por un motivo o por otro, siempre los califica de epicentro de algo, como ser del relajó, de Río de Janeiro, del tráfico de drogas, de las manifestaciones —y siempre sin que haya razones valederas, a no ser que él vive ahí—. Una vez se comparó con el Dios Padre de la Capilla Sixtina, comentando que Dios vivía solo, como él; otra vez se preguntó si sus funerales serían como los del general de Gaulle; otra vez describió cómo un exiliado, conocido suyo, iba a hacer una revolución en su país y le había propuesto llevarlo para que gobernara.

Naturalmente, este mundo narcisista y omnipotente también aparece

directamente en la transferencia. Así es que niega que haya ningún otro paciente, pese a que viene en un momento en que no hay intervalos y cruza sistemáticamente al paciente anterior y al siguiente. Quiere estar tan solo consigo mismo que ni siquiera me ve; una sola vez manifestó con sorpresa que veía mi sombra dentro de su campo visual, lo que antes nunca, y al día siguiente ya dijo que había cambiado mi sillón de posición (cosa imposible pues está recostado a una ventana) y no me veía más.

Quisiera imponer sus reglas particulares, por ejemplo no pagar nada, decidir él la fecha de vacaciones, o por lo menos que éstas no fueran mencionadas nunca, que yo no le dijera más que lo que él desea —punto que ampliaré más adelante—, y que fueran cosas que no se digan a otros pacientes, ya que él es distinto. Por ejemplo, sabe que hay pacientes que se “enamoran” de su analista, por lo tanto repudia cualquier interpretación que le parezca —generalmente en forma infundada— dirigida en ese sentido; ha afirmado que, en su caso, sucede al revés, yo estoy enamorada de él y él no me hace caso.

Por otra parte, me denigra continuamente: yo no tengo pacientes —pese a que los ve—, le cobro honorarios reducidos porque no trabajo nada, se alegró de enterarse que iba a ir a un congreso porque así por lo menos aprendería algo, etcétera, etcétera.

Se trata, además del narcisismo y la omnipotencia, de los relacionados esfuerzos por controlar al máximo y por negar la dependencia, librándose así también de la envidia y pudiendo mantener mejor su autoidealización.

### **negación de la realidad**

Está presente, naturalmente, en lo apuntado arriba, pero quisiera agregar algunos rasgos, principalmente en cuanto a la negación de la realidad psíquica. Todo lo propio indeseable es atribuido a otras personas. Como veremos, soy igual a sus partes indeseables, soy él en ese sentido. Cuando no “alcanzo” para contener todos estos aspectos o éstos se fragmentan o despedazan, busca otros depositarios: Fulano tiene dificultades sexuales y se masturba, Mengano no sabe cómo hacer con las mujeres, Zutano es testarudo, no quiere saber cómo es, tiene una intimidad blindada, cuando le dicen cómo es no

escucha más.

Notoriamente, niega sus dificultades frente a las separaciones, afirmando que no es como otros pacientes que conoce (en tratamiento con otros analistas), que las vacaciones no le importan, que se pierde tiempo en hablar de eso, y luego, que fue casualmente que durante ese tiempo fue a consultar a varios médicos, incluso psiquiatras, o decidió no venir más.

A esto se agrega que, fuera del análisis, no se mira jamás al espejo y hasta se afeita a oscuras para no verse. En las sesiones tampoco se mira —sólo en mí pero no admitiendo que eso le pertenezca—. Oculta conscientemente los aspectos que considera “malos”, como por ejemplo que hace un mes que no se baña, que este mes no va a pagar. Y aunque no haya intención consciente, niega siempre todo lo que le parece “malo” referido a él. En cambio “admira” su imagen interna idealizada —la que vive en fantasías maravillosas, la que obedece a la consigna de no tener ninguna necesidad—.

### **cosificación**

He relatado cómo el paciente no me ve. Diré más adelante cómo no me oye muchas veces, no soy una persona para él, tampoco algo vivo. Por ejemplo, ha dicho repetidamente que no me muevo nunca. Esto se extiende a las demás personas; así las mujeres son para sisar y tirar; todos en general sirven de depósito de aspectos propios indeseables. Es decir, que el paciente cosifica. Retomo opiniones de Héctor Garbarino 21 para señalar que si el paciente está básicamente en relación con cosas, él mismo está más o menos cosificado, dado que no diferencia adecuadamente entre él y los demás, y que la cosificación que, desvitalizando al objeto, alivia ansiedades persecutorias representa una defensa aún más extrema que la desintegración, paralizando en forma total los mecanismos de proyección e introyección y deteniendo el desarrollo del yo. Matándolo, agrego, porque volver cosa es desde luego quitar la vida, matar y morir.

### **no introyección**

Se refiere específicamente a la no introyección de interpretaciones. Es así

que la situación analítica se mantiene estática, de modo que sesiones de este momento son prácticamente iguales a las de cuando empezó. Las interpretaciones son repetidas y repetidas; hay a veces una aparente apertura subsiguiente en el material, pero luego se reitera un círculo ad infinitum, y al final de la sesión vuelve a decir lo mismo que al principio, o después de diez o cincuenta sesiones reaparece en exactamente la misma forma el mismo contenido.

Otras interpretaciones son sistemáticamente negadas, las ya referidas sobre vacaciones, las que considera “teóricas” o “apropiadas para los otros pacientes”. Con gran frecuencia, mientras hablo, produce ruidos varios, como sacudirse fuertemente en el diván o golpetearse los bolsillos en busca de fósforos, de modo que es probable que no me oiga. En otras ocasiones declara, “Bueno, ya entendí, ya está, eso está curado, no hay más que hablar”. Otras veces aun, parece ignorar totalmente mis palabras. La mayor reacción que puede tener frente a lo que digo es afirmar que es erróneo y negarse a seguir hablando, en algunos casos durmiéndose.

Es obvio señalar que el paciente también posee una parte sana, que es la que le permite subsistir por sus propios medios y no cometer actos que condujeran a una nueva internación. Su concurrencia al análisis puede muy bien obedecer en parte a la necesidad de poseer un lugar para depositar su imagen como en un espejo, pero creo también que puede deberse en parte a alguna esperanza de cambio.

### **frente al espejo**

Es narcisista y omnipotente, niega la realidad —y, por consiguiente, su realidad— me cosifica y no asimila interpretaciones. Pero, ¿qué cosa soy para él? Soy un espejo, su espejo, y él es Narciso, que mira ese espejo sin darse cuenta que es él y cree que soy yo (ve en mí *su* imagen pero considera que es la mía). Como Narciso, se niega al vínculo con los seres humanos —conmigo como persona— y se va desecando en su mundo único e idealizado pero inmóvil y sin vida.

Soy el espejo en dos sentidos:

1. *Su imagen*. Recurrentemente, a lo largo del análisis poseo las

características indeseables pero reales de él. Cuando me describe, muy repetidas veces y en variados contextos, dice, casi siempre con las mismas palabras, “Usted pasa el día durmiendo y masturbándose, no trabaja, no sale nunca ni tiene amistades con nadie, tiene el defecto de que no le atraen físicamente las mujeres y las odia, no vive en la realidad, está enferma psíquicamente”. En una ocasión en que llamó por teléfono a las seis de la tarde para preguntar a qué hora debía venir, pidió para hablar conmigo, y como le dijeron que estaba atendiendo, entendió que estaba durmiendo y no aceptó luego que pudiera haber comprendido mal. Una vez que se durmió en la sesión, al despertarse comentó que yo estaba durmiendo ya que hacía rato que no hablaba. Cuando le interpreto que hace o dice algo con un fin transferencial de agresión, como por ejemplo que llegó tarde a la sesión para hacerme esperar como venganza por el feriado precedente, responde, “¡Ay, usted está ofendida, qué lástima!” Si reitero interpretaciones sobre enojos de él, o sobre algún aspecto que él considera negativo —aunque no implique *agresión* sino, por ejemplo, dependencia—, acaba por exclamar, “Hoy usted está enojada, no quiere entender, no se puede hablar con usted”.

Porque soy su imagen es que no me ve, ni a mí, ni a mi sombra, ni a mi reflejo.

¿Qué es esto? Identificación proyectiva masiva, diríase, por la cual ubica en mí todos los aspectos malos propios, todos los objetos rechazados de entre los internos, todos los sentimientos que lo angustian. Y por esto no puede introyectar mis palabras, ni siquiera oírme, para evitar mi re-proyección también masiva y violenta, de lo que me ha proyectado.<sup>5-6</sup> Pero surge la idea de que, para que haya identificación proyectiva, tiene que haber dos personas y sucede que yo soy para él una cosa —un espejo—, mientras que él por cierto tampoco es una persona, también está cosificado, inmóvil, representado por un desfile imaginario de personajes oníricos, cuyo eje es el ser superior perdido en un mundo absurdo. Y tampoco hay diferenciación entre la cosa él y la cosa yo.

Otra interrogante es, ¿criando yo soy él, él existe? ¿O se ha perdido en su imagen-yo, muriéndose como Narciso y sólo queda de él la fantasía idealizada, que vendría a representar la flor? En este caso sí se trataría de una

identificación proyectiva masiva, en la que sólo queda una persona. Y se trataría también de la realización de una de las alternativas planteadas por Lacan y su escuela con respecto al estadio del espejo, 32 arriba citadas, yo o el otro.

Este punto me plantea cinco hipótesis: *A.* el paciente existe, la analista no, es su reflejo; *B.* el paciente no existe más, se proyectó enteramente en la analista que sí existe; *C.* el paciente no existe, se proyectó en la analista que tampoco existe, es un reflejo; *D.* el paciente no existe, es una cosa que se refleja en otra cosa; *E.* hay una cosa indiferenciada, con partes del lado del paciente y partes del lado de la analista.

Es por esto que no consigue nunca tener sus documentos en regla, no teniendo ni siquiera cédula de *identidad*. *Un* día, en un excepcional momento de *insight*, dice, “Otros hablan en mí, yo no existo”. Y otra vez, “Decir yo es como decir un ómnibus lleno de gente”.

Pienso que es así. No existe como persona. Lo caracteriza la indiferenciación —propia de la concepción egocéntrica narcisista— entre él y el mundo, incluida naturalmente yo y la no unificación interna, con amenaza constante de desintegración y despedazamiento. 27-26-5 Como espejo contengo los aspectos que niega en él, quedando perdido en sus fantasías placenteras —y en el fondo despedazado, desintegrado, pero negándolo.

Otras veces, se produce una tentativa por hacerme ingresar también en el mundo de los personajes y renunciar junto con él a la realidad —“humillación”, como dice él, ya que, después de todo, los aspectos depositados en mí constituyen parte de su realidad—; es decir, entrar ambos en la locura, quedar los dos maravillados con las fantasías ideales.

Deseo aclarar aquí, es obvio, que no entiendo la realidad en el sentido adaptativo de la Ego Psychology, sino en el de los datos fundamentales del mundo humano, como: saber que se es una persona, de tal sexo y edad, que los demás también son personas, independientes y no controlables mágicamente.

2. *El espejo que ataba su imagen*: Soy el espejo también en otro sentido, el de espejo mágico, como el del cuento de Blancanieves. En este sentido, objeto parlante controlado por él, debo alabarlo, decirle que es el más lindo, el mejor. Así ocurre que frecuentemente trata numerosos temas, que al ir siéndole interpretados en relación con rasgos por él indeseables —como celos, agresión expresada en cualquier forma, dependencia, sentimientos de rechazo, o cualquier cosa que no sea omnipotente o maravillosa—, concluye, “Entonces nada de lo que digo sirve, no puedo hablar”. “Aunque no es que haya venido acá para recibir felicitaciones”, agregó algunas veces. Otra vez, “Ayer no vine porque sentía que no iba a tener eco en usted”. Y otra, “Nada puede consolarme de no oírle decirme que soy el más lindo”.

En el sentido del mito de Narciso, busca hallar en mí la confirmación de que es único y perfecto, el más lindo, de que no necesita de nadie y debe estar enamorado de sí mismo y rechazar a todos los otros u otras.

Tal vez en estos momentos coloca en mí su ideal del yo y quiere que le diga que ha llegado a la meta narcisista establecida. 15 Mi no proferir *las* deseadas palabras representa una herida narcisista insoportable.

Pero no quiero olvidar el aspecto mortífero del deseo de que lo alabe como perfecto: satisfecho consigo mismo, adorándose, en un estado sin tensiones — “lo mejor es la ausencia de necesidad”—, poco a poco se dejará morir. 22-23

Desde el punto de vista de si él y yo somos una persona, dos, cosas o reflejos, esta segunda acepción del espejo es algo más diferenciada: representaríamos dos partes distintas y diferenciables de una misma persona, pero partes quizás con alguna vida, puesto que oye mi voz —aunque quiere que sea su eco, en lo que reaparece la cosificación—.

Intercalaré una sesión en la que creo que se aprecian los aspectos señalados. Aclaro que no se trata de una sesión especialmente clara con respecto a los problemas que *vengo* tratando, sino una de tantas, una de muchas otras.

Se sitúa en un período en que intentaba analizar aspectos de su omnipotencia, en este caso referida a que le molestaban los cambios

estacionales de luz solar, en tanto no eran regidos por su voluntad. Unos días antes de la sesión que presentaré como ejemplo, yo incluí en una interpretación palabras referentes a su masturbación, motivo por el cual se enojó mucho y pasó toda una tarde “analizando las tensiones que la llevaron a decir eso”. Con esto negaba la realidad de su masturbación y la de la tensión que le producía que se hablara de ella, a la vez que me atribuía esta última. Las sesiones siguientes se caracterizaron por un considerable silencio; después surgió la fantasía, descrita por él como placentera, de que estaba en una galería de espejos con hermosas imágenes de colores, que representaban figuras humaniformes, pero imprecisas; fantasía que le fue interpretada como negación de su soledad y encierro.

*Sesión ejemplo (un lunes).* Paciente: “Estábamos en lo de la galería de espejo [...] es lindo”.

Pausa.

Paciente: “Pero yo no me puedo mirar al espejo, me afeito con la luz apagada”.

Para ver si ha logrado conscientizar que lo perturba mirarse tal como es, pregunto por qué.

Paciente: “Es porque me encontraría gordo, ojeroso; si no me miro me encuentro buen mozo, joven”. (Sustitución de su realidad, que no quiere admitir, por la imagen idealizada propia, pero parece que hubiera introyectado algo de las interpretaciones referentes al no querer saber cómo es.)

Analista: “Acá tampoco quiere mirarse, no quiere saber cómo es, para imaginarse como desea, por eso *no* quiere que yo hable de cosas suyas que no le gustan, como pasó la semana pasada”. (Aludo al gran enojo porque yo había mencionado su masturbación.)

Paciente: “Sí, que me diga que soy el más lindo. Quiero conquistar a la fuerza su admiración. Me corresponde; quiero que me admire por lo que hago.”

Analista: “Y si no lo admiro...”

Paciente (interrumpiendo): “Patino. Me viene como un hielo azul, frío, me da rabia, no quiero venir más” (porque el reflejo admirador se vuelve opaco). “Quiero que me admire, me quiera, por ser *sano* y realizador. No una admiración de tipo doméstico, sino algo especial.” (Quiere que yo me una a su autoidealización.) “Ahora me acuerdo que soñé que yo venía acá y me sentaba en el escritorio, usted enfrente me miraba fijo y yo también, era como la misma mirada.”

Pausa.

Este es el espejo/imagen, en el que yo soy su reflejo. En el trozo anterior más bien yo era el espejo en el segundo sentido que describí. Resulta claro que ambos están continuamente interrelacionados.

Analista: “Como mirarse al espejo, la misma mirada... Yo era su reflejo, me vuelve su imagen, no soy yo...”

Paciente (interrumpiendo nuevamente): “Después usted pone cara fea, está gorda y ojerosa, tiene sueño”. Puede verse que no se sabe si sigue hablando del sueño, si se refiere al momento actual o si no distingue entre ambas situaciones. Me inclino por la última posibilidad.

Analista: “Yo soy usted, soy el que le parece que vería si se mirara en el espejo”.

Paciente: “Es que usted es así. Yo no. Quisiera que leyera a Krisnamurti, que yo leía ayer, y me dijera las cosas que él dice.” (Que fuera su eco.)

Analista: “Que le diga lo que usted quiere, le repita lo que usted se dice, que usted ya sepa lo que le voy a decir, en vez de que le hable de las cosas suyas que no quiere saber ni mirar (Quería destacar el elemento de control.)

Paciente (interrumpiendo): “Quiero entender, pero *no puedo*. *Es como ver la luna cuando recién nace o las patas de una sola*.” Lo de la luna, no lo entiendo, lo de la sota viene de verle las patas a la sota, es decir que está descubierto; es verdad.

Interpreto esto.

Paciente: “El otro día tuve ganas de robar cuadernos

Analista: “Este cuaderno, de mis notas, quizás para verse después de todo, saber lo que escribo sobre usted’. Trato de incorporar en mis palabras una referencia a su parte más sana.

Paciente: “No quiero saber. Me pondría muy mal.” (Cierta *insight*. Pero quedará borrado de inmediato.)

Paciente: “Hoy me fue muy bien todo el día. Hablando en el trabajo quedó claro que eran todos unos zonzos y yo tenía razón, no se dan cuenta cómo son las cosas que es estúpido trabajar y después volver a la casa y encontrarse con una mujer haciendo comida y unos chiquilines con los deberes. Se quedaron envidiando mis conquistas, todas las mujeres que puedo tener y después plantarlas. Y mis empresas. Y cómo me puedo ir al África o adonde quiera.

Vuelve a la fantasía inicial, negando todo lo hablado. El tiene razón, los otros no se dan cuenta, con su fantasía dispone de todo, estar en la fantasía es lo mejor. Niega su posible envidia. Yo siento desesperanza y desaliento.

Me interesa destacar el carácter nocivo, mortal, del narcisismo del paciente: su estado de inmovilidad y no evolución, si se mantiene, hará fracasar el análisis y probablemente su precaria y superficial adaptación exterior se desmorone y termine vagabundo o internado en el hospital psiquiátrico.

Creo que en la relación analítica repetimos el mito de Narciso de la siguiente manera:

1) Por un lado yo soy Eco, que lo llama a vivir, pero él no oye. Creo que, en el mito, Eco llamaba a Narciso a la unión y al amor y Narciso la despreciaba, le negaba realidad y atribuía su voz a su propio reflejo, que así se volvía más perfecto, ya que hablaba.

Estoy reducida a ser eco y no Eco, porque me ha cosificado, mi voz ya no es voz, voy en camino de petrificarme —junto con él—.

2) Yo soy su imagen —la de sus partes negadas—, que coloca en mí como si yo fuera el agua que refleja, y así las ve en mi, pero no las mira en él.

Mientras el reflejo, enfermizo pero cierto, está colocado en mí, conserva su autoidealización, su ensimismamiento fantasmático.

3) El paciente es Narciso, está enamorado de su propia imagen idealizada y se mantiene inmóvil frente a mí, que soy la imagen de las partes propias que niega. Una de las razones importantes para que no se separe de mí, se esfuerce por continuar el análisis, es la de mantener este clivaje y la consiguiente preservación de la idealización propia.

Se trata de un clivaje idealizado/cosa. Es decir, un clivaje en el que el polo perseguidor, en una defensa extrema, fue vuelto cosa, para despojarlo así en forma mágica y omnipotente de toda peligrosidad. Entonces, también parte del yo se cosificó. De estas “cosas” quiere librarse y entonces me las atribuye, pero el círculo es vicioso, porque entonces reintroyectaría —si reintroyectara—, lo sin vida, y si no reintroyecta, hay paralización. Y la paralización también es lo sin vida, también es la muerte.

En el otro polo, el idealizado, se sitúa la autoimagen protagonista de las fantasías omnipotentes, únicas e infinitamente mejores que todo y todos y, además, y muy especialmente, la idealización de las partes destructivas omnipotentes, que odian a todos los objetos del mundo exterior y también a las partes propias que quieren vivir, cambiar, entrar en una relación satisfactoria con los objetos externos.

### **conclusiones**

I. Deseo subrayar el aspecto letal del narcisismo, que a mi juicio ha sido poco destacado en la literatura psicoanalítica, pese a estar claramente presente en el mito griego del que este estado deriva su nombre.

II. Conuerdo con Liberman en que el narcisismo en la relación analítica constituye un autismo transferencial, en el que el paciente niega la existencia del analista, considerándose como único existente.

III. Propongo una forma máxima de autismo transferencial, en la que el

paciente vive frente a un espejo.

El analista es el espejo en cuanto se ve transformado en la imagen del paciente y contiene todos sus aspectos indeseables reales. Mientras tanto el paciente se autoidealiza y se encierra complacido, en forma de enamoramiento narcisista con sus fantasías omnipotentes, fundamentalmente destructivas. Sólo admitiría que el analista se volviera el eco de estas alabanzas, pero de ningún modo la voz que lo lleve a la comprensión verdadera de sí ni a la unión para un trabajo logrado.

IV. El término de esta situación es la cosificación total, el analista se vuelve piedra y el paciente vegetal, es decir hay fracaso, no curación. La meta terapéutica consiste naturalmente en evitar este desenlace; pero la rigidez de los clivajes y la intensidad de la paralización representan escollos tal vez insalvables.

## BIBLIOGRAFIA

1. Abraham, Karl: "Un breve estudio de la evolución de la libido considerada a la luz de los trastornos mentales." **En: Psicoanálisis clínico**; editorial Hormé, Buenos Aires, 1959.
2. Anzieu, Didier: "Freud et la mythologie." **En: Incidences de la Psychanalyse Nouvelle Revue Française de Psychanalyse**; editorial Gallimard, 1970, n°1.
3. Balint, Michael: "Early Developmental States of the Ego. Primary Object Love." **En: Primary Object Love and Psycho-Analytical Technique**, Hogarth Press, Londres, 1937.
4. Balint, Michael: "Narcisismo primario y amor primario." **Revista Uruguaya de Psicoanálisis**, 1965, t. VII, n° 1

5. Bion, W. R.: "Desarrollo del pensamiento esquizofrénico." **Revista Uruguaya de Psicoanálisis**, 1957, t II, nos. 1/9.
6. Bion, W. R.: "On Hallucination." **Int. J. of Psycho-Anal.**, 1958, y. XXXIX.
7. Fenichel, Otto: **Teoría psicoanalítica de las neurosis**. Editorial Nova, Buenos Aires, 1957.
8. Freud, S.: **Autobiographical Study**. Hogarth Press, Londres, 1966, S. E., v. XX.
9. Freud, S.: **Beyond Pleasure Principle**. S. E., y. XVIII.
10. Freud, S.: **Group Psychology and the Analysis of the Ego**. S. E., v. XVIII.
11. Freud, S.: **Instincts and their Vicissitudes**. S. E. v. XIV.
12. Freud, S.: **Introductory Lectures on Psycho-Analysis** S. E., v. XVI.
13. Freud, S.: **Leonardo de Vinci and a Memory of his Childhood**. S. E., v. XI.
14. Freud, S.: **New Introductory Lectures**. S. E. v. XXII.
15. Freud, S.: **On Narcissism: an Introduction**. S. E., v. XIV.
16. Freud, S.: **Outline of Psycho-Analysis**. S. E. y. XXIII.
17. Freud, S.: **Psycho-Analytical Notes on an Autobiographical Account of a Case of Paranoia (Dementia Paranoides)**. S. E., v. XII.
18. Freud, S.: **The Ego and the Id**. S. E., v. XIX.
19. Freud, S.: **Three Essays on Sexuality**, S. L. v. VII.
20. Freud, S.: **Totem and Taboo**. S. E., y. XIII.
21. Garbarino, H.: "**Consideraciones acerca del mundo inanimado del esquizofrénico**." **Revista Uruguaya de Psicoanálisis**, 1969, t. IX, nº 2.
22. Green, André: **El narcisismo primario, ¿estructura o estado?** Editorial Proteo, Buenos Aires, 1970
23. Green, André: "Intervención durante la discusión del trabajo de Viderman." **Rev. Française de Psychanal.**, 1968, t. XXXII nº 1, p. 124.

24. Grimal, Pierre: **Dictionnaire de la Mythologie Grecque et Romaine**. PUF, 1969.
25. Heimann, Paula: "Function of Introjection and Projection in Early Infancy." En: **Developments in Psycho-Analysis**. Hogarth Press, Londres, 1952.
- 26 Klein, Mélanie: Notes on Some Schizoid Mechanisms. En: **Developments in Psycho-Analysis**. Hogarth Press, Londres, 1952.
27. Lacan, Jacques: **Écrits**. Ed. du Seuil, Paris, 1966.
28. Laplanche, Jean: **Vie et Mort en Psychanalyse**. Flammarion 1970.
- 29 Laplanche, L. y Pontalis, J. B.: **Vocabulaire de la Psychanalyse**. PUF, París, 1967.
30. Liberman, David: "Autismo transferencial. Narcisismo. El mito de Eco y Narciso." **Revista Argentina de Psicoanálisis**, 1958, t. XV. N° 4.
31. Liberman, David: **Comunicación en terapéutica psicoanalítica**. Eudeba, Buenos Aires, 1952.
32. Mannoni, Maud: L'Enfant, sa "Maladie" et les Autres. Ed. du Seuil, Paris, 1967.
33. Meunier, Mario: **La Légende Dorée des Dieux et des Héros**. Ed. Albin Michel, Paris, 1953.
34. Ovidio: **Métamorphoses**, III. Ed. Belles Lettres, París, 1949.
35. Palmier, J. M.: **Lacan, lo imaginario y lo simbólico**. Editorial Proteo, Buenos Aires, 1971.
36. Pausanias: **Récits, IX**. Ed. Belles Lettres, París, 1951.

37. Resnik, S.: Comunicación personal.
38. Rodrigué, G. de: "Autismo transferencial (la interpretación como objeto transicional)." En: **El contexto del proceso psicoanalítico**, editorial Paidós, Buenos Aires, 1966.
39. Rosenfeld, H.: "On the Psychopathology of Narcissism: a Clinical Approach." En: **Psychotic States**, Hogarth Press, Londres, 1965.
40. Rosenfeld, H. : "A Clinical Approach to the Psychoanalytic Theory of the Life and Death Instincts: an Investigation into the Aggressive Aspects of Narcissism" **Int. J. of Psycho-Anal**, 1971 v. 52, parte 2. [N de R.: publicado en el presente volumen]